

University of Nebraska - Lincoln

DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln

Spanish Language and Literature

Modern Languages and Literatures, Department
of

2011

El adiós del exiliado: Las rutas de la memoria en Pilar de Zubiaurre

Iker González-Allende

University of Nebraska-Lincoln, igonzalezallende2@unl.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish>



Part of the [Modern Languages Commons](#)

González-Allende, Iker, "El adiós del exiliado: Las rutas de la memoria en Pilar de Zubiaurre" (2011).
Spanish Language and Literature. 97.

<https://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish/97>

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Spanish Language and Literature by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

El exilio republicano de 1939 *y la segunda generación*

Edición de

Manuel Aznar Soler y José Ramón López García



GRUPO DE ESTUDIOS DEL EXILIO LITERARIO (GEXEL)
DE LA UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA
EDITORIAL RENACIMIENTO
SEVILLA, 2011

Iker González-Allende

UNIVERSITY OF NEBRASKA-LINCOLN

EL ADIÓS DEL EXILIADO: LAS RUTAS DE LA MEMORIA EN PILAR DE ZUBIAURRE

EN la vida de un exiliado el momento de la despedida de su país se convierte en una de las circunstancias más emotivas, ya que supone el comienzo de un nuevo destino y el alejamiento de lo que le resulta conocido —familiares, amigos, cultura, tierra, lengua—. En la producción cultural en torno al exilio es común que se recoja el instante del adiós como representación del punto álgido del dolor al que se debe enfrentar el exiliado. Así, en diversos documentales sobre el exilio, las imágenes de las despedidas se erigen en testimonios de la separación de las familias. En la literatura del exilio también se recogen los múltiples sentimientos que surgen ante el abandono del país, especialmente las dudas por lo venidero, el temor por los que se quedan en el medio de una guerra o en un clima político adverso y la incertidumbre sobre cuándo será factible el regreso. Los puertos y barcos fueron seguramente el principal lugar de despedida para los republicanos que partían al exilio, y el hecho de compartir ese adiós con miles de personas en la misma situación aumentó aún más el carácter trágico del destierro.

Como numerosos exiliados, Pilar de Zubiaurre (Garaí, Bizkaia, 1884-México D. F., 1970) se despidió de su tierra en dos ocasiones: al cruzar la frontera con Francia y al tomar allí posteriormente un barco rumbo a América. En la entrada de su diario del 12 de septiembre de 1938 mostraba así su reacción ante la huida al país vecino: «Estos días he llenado mis ojos de estas montañas y mar que aún son tierra española, para llevarlas tan dentro que las contemple con los ojos cerrados cuando esté a miles de kilómetros de aquí» (Zubiaurre 299). Ya en México, Zubiaurre recuerda en sus memorias su partida en barco: «En el puerto estaba el *Statendam*, enorme, con sus infinitos pisos de claraboyas sobre la línea del mar. Dijimos adiós con lágrimas en los ojos a la costa francesa; era Europa. ¿Cuándo volveremos y cómo?» (Zubiaurre 302). Pilar de Zubiaurre debía abandonar España y su País Vasco natal debido a su apoyo al Gobierno republicano. Lo hizo en compañía de su marido, el crítico de arte «Juan de la Encina», pseudónimo de Ricardo Gutiérrez Abascal, y su hijo Leopoldo. Durante la guerra civil Zubiaurre se había encargado de dirigir un orfanato madrileño a petición del Ministerio de Justicia, mientras que su esposo había sido nombrado vocal de la Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico. Sus estrechas conexiones con el Gobierno Republicano motivaron su traslado desde Madrid a Valencia junto a otros intelectuales, y posteriormente su exilio a México se debió a la oferta que Lázaro Cárdenas realizó a Juan de la Encina y otros pensadores republicanos para formar parte de La Casa de España (González-Allende 424).

Durante sus más de treinta años de destierro en México, Zubiaurre escribió dieciséis artículos-relatos en la revista *Euzko Deya: La voz de los vascos en México*¹ entre 1944 y 1958, bajo el pseudónimo de «Landabarrenako Damia» («Señora de Landabarrena», siendo este último el nombre de su caserío familiar en Garai)². La utilización de un pseudónimo se puede explicar por el temor de la escritora al reconocimiento público frente a la relevancia intelectual y artística de sus familiares³. Hay que recordar que su padre, Valentín María de Zubiaurre, fue maestro compositor de la Capilla Real de Madrid; sus hermanos, los pintores Valentín y Ramón de Zubiaurre, alcanzaron fama internacional, mientras que su esposo, «Juan de la Encina», ejerció como director del Museo Nacional de Arte Moderno de Madrid. A pesar de sus recelos a presentarse como autora, Pilar de Zubiaurre se convirtió en una figura esencial de la cultura española del primer tercio del siglo XX, ya que conoció y entabló relaciones de amistad con los intelectuales más sobresalientes de la época, como José Ortega y Gasset, José María Salaverría, Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez, Diego Rivera, Manuel de Falla y Eugenio d'Ors, entre otros, a los que invitaba a las tertulias que organizaba en el estudio de sus hermanos en Madrid. Asimismo, ayudó a fundar y participó activamente en el Lyceum Club Femenino, la primera asociación cultural de mujeres en España, donde intimó con escritoras como Ernestina de Champourcín, Concha Méndez y Zenobia Camprubí.

Si en sus diarios Zubiaurre recoge sus sentimientos de desolación al despedirse de su tierra, en los artículos que publicó en *Euzko Deya* la despedida se convierte en una constante, tanto por parte de la narradora como de los otros personajes. La presencia continua de las despedidas se puede interpretar como una manifestación de la perpetua sensación de desarraigo que experimenta la persona exiliada, así como su incertidumbre sobre la posibilidad de regresar a su país. Al insistir en la idea de la separación, Zubiaurre estaría enfatizando su condición exílica e impidiendo su adaptación al país de acogida. Por otro lado, también es factible que las despedidas realicen una función catártica para ella, esto es, que funcionen como mecanismo de consuelo para calmar los sentimientos de culpa y pena por encontrarse lejos de su país. Junto con las despedidas, la autora recuerda el paisaje y las costumbres vascas de manera nostálgica, lo que también le sirve como lenitivo contra el dolor del exilio. De esta manera, si bien al acordarse de su tierra natal Zubiaurre logra olvidar momentáneamente su condición de exiliada, las referencias a las despedidas actúan como un recordatorio constante de su destierro. Así, se demuestra que la memoria puede resultar engañosa y que la evocación no siempre consigue eliminar la realidad histórica del exilio. Es decir, aunque Zubiaurre invite a sus lectores a internarse en las rutas del recuerdo, también les manifiesta por medio de las despedidas la dolorosa existencia de su destierro.

1. *Euzko Deya: La voz de los vascos en México* fue la principal revista de los exiliados vascos. Comenzó a publicarse en la Ciudad de México el 1 de marzo de 1943 y continuó hasta marzo de 1973, completando 392 números. Los temas que se trataban en la revista fueron muy variados: artículos de opinión, noticias de actualidad, cuentos, aspectos de la historia del País Vasco, reseñas de libros, los pueblos vascos, información sobre exiliados vascos (nacimientos, primeras comuniones y muertes, entre otras), etc. También se publicaron monográficos sobre diversos aspectos de la cultura vasca, como la familia, la madre, el caserío o el bombardeo de Gernika.

2. Anteriormente Zubiaurre publicó dos artículos en 1909 en el periódico *Bizkaitarra*, de ideología nacionalista vasca, y escribió varios relatos que no llegó a sacar a la luz.

3. Elvira Valentí de Ferreras le aconsejaba a Zubiaurre en una carta del 8 de marzo de 1911 que debía firmar sus escritos «sin miedo ni preocupación de ninguna clase» (Archivo Zubiaurre del Museo de Bellas Artes de Bilbao). Sebastián María de Luque también confirmaba estas aprensiones autoriales de Zubiaurre: «Escribe cuartillas, que las más quedan en el cesto de sus papeles rotos; otras se publican, porque el que las lee se las roba y presuroso las publica» (356).

La sección de Zubiaurre en *Euzko Deya* se titulaba significativamente «Evocación». Precisamente eso era lo que la autora realizaba: rememorar el paisaje, las costumbres y las personas que había dejado en el País Vasco. En estos escritos domina el tono romántico, presente en la conexión entre el paisaje y el estado anímico de la narradora, la personificación e idealización de elementos de la naturaleza, el ambiente melancólico con edificios en ruinas y en soledad, los finales trágicos de los personajes, las referencias al pasado histórico y en especial a la época medieval, y la importancia concedida a las historias orales y las canciones populares. El aire decimonónico se acentúa por el estilo que utiliza la autora, con predominio de las frases largas y sintaxis compleja. Estos artículos se caracterizan también por su diversidad estilística, lo que produce dificultad a la hora de clasificarlos dentro de un solo género literario. De esta manera, junto a escritos ensayísticos hallamos textos que se encuentran a medio camino entre los relatos de ficción, los retratos, las memorias, los recuerdos y los homenajes a personas fallecidas. En sus narraciones, por lo tanto, resulta complicado discernir entre la realidad, la creación y la autobiografía, pero esto no se debe considerar como un rasgo censurable de la escritura de Zubiaurre, ya que se muestran así las múltiples posibilidades del género narrativo y se ofrece una diversidad de interpretaciones que enriquece ampliamente la lectura.

La añoranza que desarrolla Zubiaurre en estos textos ejemplifica lo que Claudio Guillén denomina «literatura del exilio» frente a la «literatura del contra-exilio». Para este crítico, en la primera modalidad el autor transmite su experiencia del destierro de manera constante y autobiográfica, como si se tratara de una pérdida, mientras que en la segunda situación el exilio permite al autor libertad creativa y enriquecimiento personal (272). Edward Said considera que en el caso de los exiliados que viven su destierro de manera agónica se puede hablar de un «masoquismo narcisista» o del «fetiche del exilio» (183). A pesar de que Zubiaurre fue activa en su destierro en México, sus artículos muestran esta faceta ególatra del exilio en la que el dolor por la lejanía de la tierra natal domina la existencia del individuo.

Zubiaurre escribe estos textos recorriendo las rutas de la memoria, generalmente partiendo de una asociación entre su presente mexicano y su pasado vasco. Numerosos artículos comienzan con la experimentación en México por parte de la narradora de una determinada impresión (como un olor o una visión) y la conexión de ese evento con una situación similar que vivió en el País Vasco. En el primero de sus artículos en *Euzko Deya* es el clima el impulsor del recuerdo: «Hoy ha amanecido nublado, lluvioso y con una suave neblina. Pero la lluvia era fina, menuda y mansa. Me recordó nuestro *sirimiri*. Quise disfrutar de ella, gustar sus sensaciones, sus matices y poder evocar... Evocar...»⁴. En otros textos las ceremonias religiosas, los cohetes para celebrar las fiestas o el paisaje se convierten en fuentes de la memoria. Este último es el caso de «Nuestro mar»: «He bajado desde la elevada meseta a buscar el mar. Traía una doble ilusión, de volver a verlo después de varios años privada del gozo que él me proporciona, y el pensar que mirándolo, mirándolo, la larguísima distancia que me separa del otro continente se iba a acortar, y la ilusión me podría hacer ver el mar nuestro, y con él nuestras costas... tan bellas»⁵. Aquí, a diferencia del ejemplo anterior, el recuerdo no surge de manera espontánea, sino que es la propia autora la que lo persigue de forma deliberada. Es decir, ella decide rememorar por el placer y la tranquilidad que le produce. En «El jardín señorial» encontramos la misma

4. *Euzko Deya*, 41 (1 de noviembre de 1944), p. 2. Los artículos que Pilar de Zubiaurre escribió en esta revista, junto con sus diarios, los he recogido en un volumen titulado *Evocaciones: Artículos y diario (1909-1958)*, publicado en 2009 en la editorial Saturrarán de San Sebastián.

5. *Euzko-Deya*, 48 (15 de febrero de 1945), p. 2.

situación: «En una de esas horas de añorante evocación, entretuve hoy mi fantasía paseando por las villas y pueblecitos vascos»⁶. En su acto de recordar, Zubiaurre es capaz de viajar de un punto del País Vasco a otro a través de su imaginación. Por ejemplo, en «La última tarde» lleva de la mano al lector desde la desembocadura del río Bidasoa hasta el pueblo de Vera del Bidasoa y desde allí hasta Itzea, la casa de los Baroja. La técnica narrativa que utiliza se asemeja a la de una cámara cinematográfica, enfocándose desde lo más general a lo más particular. Al incluir al lector por medio de la primera persona del plural («Vamos a seguir el río»), la autora fomenta la aparición de las memorias de los propios lectores y consigue crear una nación vasca imaginada en el exilio.

El constante deseo de recordar que manifiesta Zubiaurre es la principal expresión de la nostalgia del exiliado. No sólo la narradora, sino a veces los personajes también muestran la añoranza por un tiempo pasado y rememoran etapas anteriores de su vida. Así, el maestro protagonista de «El Maixua de la aldea» vive evocando aventuras de la época en que recorría el mundo como marino, y los padres de «Verano» recuerdan sus tiempos felices de juventud al ver disfrutar a sus hijos ya crecidos. De esta manera, Zubiaurre construye un microcosmos marcado por el pasado, el cual se recrea en multitud de pinceladas. Precisamente, de acuerdo con Svetlana Boym, la capacidad de acordarse de detalles y sensaciones como sabores, olores o sonidos es una de las habilidades de la persona nostálgica (4). Como indica Andreea Ritivoi, la nostalgia se produce cuando el presente se considera deficiente en comparación con el pasado y se tiene acceso a él por medio de imágenes, objetos o asociaciones (32). La nostalgia entonces se erige como una estrategia para intentar superar la ansiedad de la separación del país natal y posibilita la autoexploración y el conocimiento de la propia identidad. Zubiaurre lo expresa claramente al final de su primer artículo: «Añoro y evoco... Tal vez en el alma angustiada, la evocación transforme su dolor al sentir sobre ella la caricia maravillosa de las gotitas de rocío, como acaricia ésta al caer sobre las hierbecitas, los zarzales y sobre los árboles que elevan sus grandes ramas hacia el cielo»⁷. Sin embargo, aparte de esta función curativa, la nostalgia también se puede convertir en una prisión para el exiliado si termina por encerrarse en sí mismo sin valorar los aspectos positivos del país de acogida.

La nostalgia provoca que Zubiaurre transforme el País Vasco en su paraíso perdido⁸. La autora se enfoca principalmente en el paisaje rural y costero, mientras que la ciudad apenas aparece en los textos y, si se la menciona, adquiere una connotación negativa respecto al campo. De esta manera, Zubiaurre desarrolla una concepción espacial típica de los nacionalismos, los cuales tienden a idealizar el ámbito rural como el lugar donde reside la esencia de la nación. Sus relatos se hallan mayoritariamente protagonizados por gentes del pueblo como el maestro, el chistulari, los pescadores y las mujeres de los caseríos. Asimismo, se recogen numerosas costumbres vascas: celebraciones populares, romerías, rosarios, ofrendas a la Virgen de los pescadores, leyendas de la mitología, prácticas de los ganaderos y agricultores, y canciones populares que todavía siguen vivas en la cultura vasca, como

6. *Euzko-Deya*, 80 (enero de 1947), p. 7.

7. *Euzko Deya*, 41 (1 de noviembre de 1944), p. 2.

8. José Ángel Ascunce compara la experiencia del exilio con la expulsión de Adán y Eva del paraíso (25-31). Esta alegoría se sustenta en que el paraíso representa la nación originaria, Adán y Eva son los exiliados, Dios es el dictador o la figura autoritaria que expulsa a los exiliados y, finalmente, la manzana se puede interpretar como el conocimiento o la conciencia política de los exiliados.

«Maritxu, nora zoaz» y «Boga, boga, mariñela». Llamen la atención las referencias constantes a los caseríos vascos, que simbolizan la nación y se relacionan claramente con la tierra y la mujer vascas.

El mar y la montaña son los dos elementos de la naturaleza que aparecen en los artículos de manera más recurrente. En «Nuestro mar» y «La partida de las lanchas» el mar representa la fuerza salvaje de la naturaleza que puede tornarse en enemigo de los pescadores, pero en esa indomabilidad reside precisamente su belleza; es decir, el mar permanece igual que en la antigüedad y simboliza el ancestral carácter enérgico de los vascos. Además, constituye un medio de sustento para el pueblo vasco por medio de la pesca. Para Zubiaurre, el mar se convierte en una barrera geográfica que la separa de su patria, pero a la vez su fluidez le erige en un medio de comunicación con la tierra natal. Las montañas también se describen como elementos sempiternos de la nación vasca. En «Evocación», «Primavera» y «Verano» representan la tradición y lo inmutable, lo que ha permanecido igual a pesar del paso del tiempo y de la actuación de los hombres. En el primero de los artículos Zubiaurre describe su ascenso a la cima de un monte para ver amanecer sobre Euskadi, lo que se relaciona con los sentimientos nacionalistas y espirituales. Hay que recordar en este sentido que el montañismo forma parte importante de la cultura vasca, aunque la conexión entre la montaña y la nación no es exclusiva del nacionalismo vasco⁹.

Además de revisitar y hacer vívida en su presente mexicano la realidad vasca, Zubiaurre se despidе constantemente de ella, enfatizando así su condición de exiliada. En opinión de León y Rebeca Grinberg, el momento de la despedida realiza un papel fundamental para el exiliado: el decir adiós se convierte en un acto ritual que posibilita la creencia del reencuentro y a la vez el miedo de que éste no volverá a suceder (156). Quizá por este motivo Zubiaurre insiste en presentar tantas despedidas en sus textos, como mecanismo de consuelo y para combatir el olvido y la posible muerte lejos de su patria. Además de padecer nostalgia, numerosos de sus personajes se enfrentan a una despedida —de otras personas, de etapas de su existencia, o de la propia vida—. Por ejemplo, en «La casa del pintor», el protagonista decide abandonar Bilbao para vivir en una aldea, mientras que en «La partida de las lanchas» las mujeres despiden a sus maridos pescadores, que marchan a la mar por varios meses. En este último relato la descripción del adiós recuerda al que se daba a tantos españoles que partían en barco rumbo al exilio en América: «En la punta del muelle y arriba, en la blanca ermita, las mujeres lloran y levantan en alto sus pequeñuelos en un adiós supremo»¹⁰. Aurelio Arteta, pintor vasco que se exilió en México, representó en la parte central de su cuadro *Tríptico de guerra* (1937) esta misma escena que relata Zubiaurre, conectando de esta manera el tradicional adiós a los pescadores con el adiós a los que se convertían en exiliados. En «Historia de una vocación» también se incluyen dos despedidas: cuando al protagonista se lo llevan de niño a estudiar a Bilbao, alejándolo de su familia, y cuando ya de adulto emigra a América a buscar fortuna. Estas despedidas implican circunstancias semejantes a las que sufrieron los exiliados al abandonar su país: la separación de los seres queridos, el dolor manifestado a través del llanto y la incertidumbre sobre el futuro y el posible reencuentro.

No sólo son los personajes los que dicen adiós en los relatos, sino también la propia narradora cuando aparece como personaje testigo. Así, en «La casa del pintor» rememora el momento en que,

9. Joseba Zulaika relaciona la montaña con la ideología nacionalista porque tradicionalmente desde ella se lanzan los gritos de guerra (258). Por otro lado, la subida a la cumbre de la montaña, donde es común hallar ermitas e iglesias, supone una especie de peregrinaje por parte de los fieles, quienes, al encontrarse en una zona elevada, pueden experimentar una vivencia espiritual más intensa.

10. *Euzko-Deya*, 76 (septiembre de 1946), p. 4.

siendo niña, se alejaba del pueblo del pintor y éste la despedía desde la distancia: «Recuerdo con emoción aún la última vez (lejanísimos tiempos infantiles) en que desde su terraza acechaban ansiosos, él y los suyos, el momento en que el coche de cascabeleros caballos que me llevaba lejos, muy lejos, dobló aquella curva, [...] y allí cerca, en una esquina, la casa del viejo pintor, en lo alto la frondosa parra y desde allá un blanco pañuelo diciendo adiós...»¹¹. Un caso similar se halla en «La última tarde», en el que la narradora junto a varias amigas abandona Vera del Bidasoa, donde ha pasado una temporada en compañía de los Baroja: «Al día siguiente, muy de mañana, con el sol naciente y la bruma esparcida por valles y montes, un coche de caballos va alejándose de la villa. El grupo de muchachas va en él. En el último recodo ven desaparecer el pueblito con su adusta iglesia y su larga calle romántica, el vallecito, y, en la lejanía, la alta casona de piedra, coronada por una masa de humo gris que suavemente se balancea hacia el cielo»¹².

En el exilio Zubiaurre parece conectar el adiós a su patria a finales de la guerra civil con las despedidas que ella experimentó en otros momentos de su vida; es decir, se presenta a sí misma como una peregrina que constantemente se está despidiendo de gentes y lugares. En este sentido, se puede decir que Zubiaurre ya se sentía como una exiliada antes de su exilio político, tanto por ser mujer como por su carácter melancólico y por sus aspiraciones artísticas, que nunca pudo ver realizadas. Por ejemplo, uno de los relatos que escribió durante su juventud, titulado precisamente «Despedida», versa sobre el abandono de su pueblo: «Mañana no veré más estos montes que me hacen sentir de un modo tan especial; tengo una pena, un como dolor impalpable» (Luque 356). En numerosas entradas de su diario de 1916 a 1918 también manifiesta un desarraigo similar al que siente el exiliado por la imposibilidad de desarrollar su potencial artístico y de expresar sus sentimientos libremente debido a su condición femenina¹³. Por lo tanto, el exilio exacerbó en Zubiaurre un sentimiento de desarraigo que existía en ella anteriormente; de ahí que incluya en sus relatos despedidas de diversos momentos de su vida.

La autora también se despidió de los familiares y amigos que han fallecido, una tendencia común en las memorias del exilio¹⁴. Zubiaurre deja constancia de sus recuerdos sobre estas personas para que no queden relegadas en las páginas de la historia. De esta manera, con sus artículos realiza la función de mantener vivas no sólo las costumbres vascas, sino también los recuerdos de las personas muertas. Varias de las narraciones finalizan con la frase «In memoriam» para indicar que el protagonista ha muerto en la vida real y que la autora le está rindiendo un homenaje. Así, en «La casa del pintor» e «Historia de una vocación» el lector descubre en las últimas líneas que Zubiaurre está expresando su afecto hacia Antonio de Lecuona y su padre, respectivamente. En otros casos, el homenaje está presente desde el principio, como sucede en sus tres últimos artículos, dos sobre Gabriela Mistral y uno sobre Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez. En estos textos, ya el título y las primeras lí-

11. *Euzko-Deya*, 71 (abril de 1946), p. 4.

12. *Euzko Deya*, 100 (septiembre de 1948), p. 14.

13. En la entrada del 15 de febrero de 1916 Zubiaurre expresa su incapacidad de mostrar abiertamente sus deseos e ilusiones y la canalización de los mismos a través de su piano: «Cómo querría yo ser en estos momentos genio perfecto de la música, del ritmo, de la danza, de la gracia. Todo lo que calladamente y a veces sordamente inquieta y ansiosa bulle en mi alma y en mi corazón poderle dar rienda suelta en un magnífico canto de exaltación...» (Zubiaurre 241).

14. Un ejemplo paradigmático al respecto es *Memorias de la melancolía*, de María Teresa León, en cuya última parte detalla sus recuerdos de los amigos de los cuales va teniendo noticia.

neas manifiestan que la autora está evocando a amigos recientemente fallecidos. A diferencia de los otros artículos, la cercanía de sus muertes provoca que Zubiaurre exprese sus sentimientos de pérdida de una manera más enfática, recurriendo a signos de exclamación. De Mistral, la autora recuerda su origen vasco y su inteligencia, mientras que de Camprubí la dedicación a su esposo y unas vacaciones que disfrutó con ella en su juventud.

Zubiaurre quiso dejar constancia de sus experiencias personales del exilio a través de estos artículos, que pueden considerarse como la continuación de sus diarios por el fuerte contenido autobiográfico que presentan. De hecho, tan pronto como Zubiaurre llegó a México dejó de escribir su diario de manera sistemática, ya que en vez de narrar el momento presente decidió enfocarse en el pasado, en el paisaje y la cultura del País Vasco. Su mirada hacia atrás idealiza la naturaleza y las costumbres de su tierra natal siguiendo una retórica propia del nacionalismo vasco. A través de sus recuerdos, Zubiaurre consigue viajar a sus aldeas y rincones amados e indirectamente invita a los lectores, exiliados vascos como ella, a que realicen su propio recorrido mental por la geografía vasca, configurándose así una nación imaginada en el destierro. Junto a la nostalgia por espacios y tiempos pretéritos, lo que puede provocar ensoñaciones e incapacidad de enfrentarse a su vida en el exilio, la autora incluye numerosos ejemplos de despedidas en sus textos. Los continuos adioses ofrecen un halo de realidad, alejándose de la fantasía idílica generada por la nostalgia, puesto que enfatizan la condición del exiliado como un ser-en-la-incertidumbre, dividido entre el miedo a la separación perpetua y la esperanza del reencuentro.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ASCUNCE ARRIETA, J. Á. «El exilio entre la experiencia subjetiva y el hecho cultural: Tema para un debate», en Ascunce Arrieta, J. Á. (ed.), *El exilio: Debate para la historia y la cultura*, San Sebastián, Saturrarán, 2008, pp. 19-45.
- BOYM, S., *The Future of Nostalgia*, Nueva York, Basic Books, 2001.
- GONZÁLEZ-ALLENDE, I., «Pilar de Zubiaurre: entre el cometa y la sombra», en Zabala, J. R. (ed.), *Non zeuden emakumeak? La mujer vasca en el exilio de 1936*, San Sebastián, Saturrarán, 2007, pp. 409-37.
- GRINBERG, L. y Grinberg, R., *Psychoanalytic Perspectives of Migration and Exile*, New Haven, Yale University Press, 1989.
- GUILLÉN, C., «On the Literature of Exile and Counter-Exile», *Books Abroad*, 50 (1976), pp. 271-280.
- LUQUE, S. M. de, *El huracán de mi vida*, Toledo, Juan Pérez, 1911.
- RITIVOI, A. D., *Yesterday's Self: Nostalgia and the Immigrant Identity*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2002.
- SAID, E., «Reflections on Exile», en SAID, E., *Reflections on Exile and Other Essays*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, pp. 173-86.
- ZUBIAURRE, P. de, *Evocaciones: Artículos y diario (1909-1958)* (ed. de Iker González-Allende), San Sebastián, Saturrarán, 2009.
- ZULAIKA, J., *Basque Violence: Metaphor and Sacrament*, Reno, University of Nevada Press, 1988.